

IRUECHA Y EL CID

2. EL CANTAR DE GESTA



No es este el lugar para hacer un estudio detallado de lo que significa el Cantar del Cid en la Historia de la literatura española. Baste decir que es la primera de las conservadas en alguna de las diversas lenguas romances que surgieron en los albores de la Edad Media, y a diferencia de otras, como la francesa *Chanson de Roland*, no tiene elementos fantásticos en su trama, aunque verdaderamente, las hazañas del héroe que narra no se corresponden casi nada con la realidad histórica del mismo. Por ejemplo, las famosas hijas del Cid, Doña Elvira y Doña Sol, que tan importante papel desempeñan en la trama de la historia, en realidad se llamaban María y Cristina. Y en ningún momento el Cantar menciona a Diego Rodríguez, el hijo del Cid, muerto luchando contra los moros en la batalla de Consuegra, por no hablar de otros acontecimientos y personajes desarrollados en el Cantar que en nada se ajustan a la realidad de los hechos de Rodrigo Díaz.

Los cantares de gesta eran los relatos que contaban y cantaban en verso en la Edad Media los juglares (los antecedentes de lo que posteriormente serían los cómicos de la legua). Estos cantares, muy parecidos a los que después serían las coplas de ciego, aunque más elaborados, trataban de las hazañas de algún personaje famoso que todo el público conociera, y que por lo tanto no necesitaba presentación alguna. Se recitaban con ocasión de acontecimientos especiales, sobre todo de fiestas, en las que la concurrencia de un numeroso público hiciera que al oír el relato aflojara la bolsa y pagara al juglar una numerosa propina.

El hecho de que el público medieval que oyera estos cantares fuera casi totalmente analfabeto hacía que estas gestas tuviesen que ser declamadas. No sería probable que el cantar entero se recitara todo a la vez, seguramente el juglar lo haría en partes, incluso a lo largo de varios días, para hacerlo más emocionante por un lado, y por otro para facilitar su memorización. No obstante, el juglar necesitaba tenerlo escrito, para aprenderlo en principio, y luego para recordarlo. Uno de estos escritos es el que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Cantar de Mío Cid.

Los diversos eruditos que han estudiado el material que ha llegado hasta nosotros discrepan en muchas cosas y coinciden en otras. Una de sus coincidencias es que el cantar tal y como lo conocemos en su versión escrita, debió componerse en torno al año 1200, siendo el resultado final de

la obra de dos juglares, uno de las cercanías de San Esteban de Gormaz, y otro que, es el que nos interesa, de Medinaceli, o de alguna aldea cercana.

A esta conclusión se llega comprobando que cuando el juglar relata las andanzas del Cid por las proximidades de estas localidades, describe los accidentes geográficos y los lugares con bastante exactitud.

Es muy probable que hacia el año 1200, hubiera muchos "cantares del Cid" en boca de los juglares que recorrían las localidades de Castilla. Estos juglares, sin duda para agradar a los lugareños, modificarían algo la trama y los hechos narrados, de manera que el héroe tuviera alguna conexión más o menos directa con la localidad en la que en ese momento el juglar estaba narrando sus hazañas. La casualidad ha hecho finalmente, que fuera la versión de un juglar que seguramente se ganaba la vida por estas tierras próximas a Iruecha la que finalmente, trasladada al papel, se haya conservado hasta la actualidad.

En dicho Cantar, hay un episodio que ha pasado desapercibido a los eruditos, pero que estudiándolo al detalle, resulta desconcertante.

Concretamente el episodio que narra la huida del Cid de la taifa de Toledo, protegida del rey Alfonso VI, tras haber conquistado mediante un ardid la localidad de Castejón de Henares, y que su lugarteniente Alvar Fáñez hubiera realizado una cabalgada en busca de botín que le llevó a las mismas puertas de Alcalá de Henares. (Por cierto, que este personaje, Alvar Fáñez, que en el Cantar tiene un papel tan sobresaliente, aunque históricamente contemporáneo de Rodrigo Díaz, no tuvo una relación directa con él. Es una más de las numerosas licencias que el juglar se toma).

Temiendo que el rey Alfonso VI decida mandar contra él a su ejército, el Cid toma la resolución de huir y hacer su guerra particular en dirección a los dominios del rey moro de Zaragoza. Para ello, remonta el Henares hasta Alcolea del Pinar (aunque no menciona la localidad), y desde ahí le hace desviarse en dirección a Anguita, cruzar el Tajuña en las proximidades de Luzón, y finalmente, atravesar toda la sierra del Solorio, mas o menos desde las cercanías de Maranchón hasta llegar al Jalón, en algún lugar entre Ariza y Cetina.

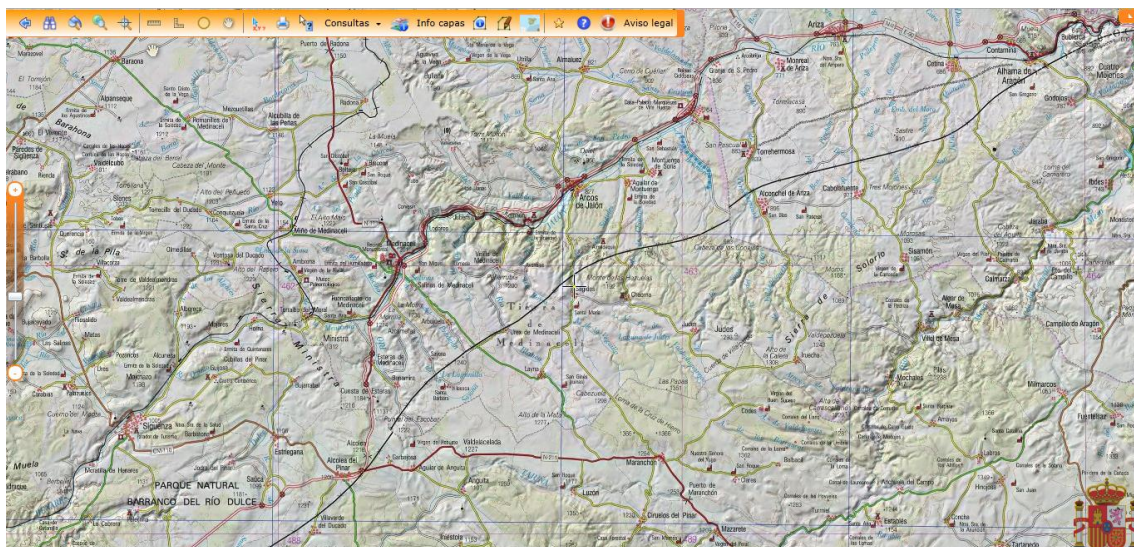
Así lo relata el juglar:

*Vansse Fenares arriba quanto puedan andar.
Troçen las alcarias e yuan adelant.
Por las cuevas d Anquita ellos passando van.
Passaron las aguas, entraron al campo de Torançio,
Por essas tierras ayuso quanto pueden andar.
Entre Fariza e Çetina Myo Çid yva albergar.*

Lo que resulta desconcertante es el hecho de que al llegar a Alcolea del Pinar, lo más lógico hubiera sido seguir el trazado de la actual N II y encaminarse en dirección al Jálón pasando al pié de Medinaceli, Arcos de Jalón, etc. Esta ruta, y esto es lo importante, no sólo era la más cómoda, sino la más lógica, teniendo en cuenta por un lado la proximidad de núcleos de población que le permitirían al Campeador abastecer a su mesnada, y por otro, el hecho de que al ser una ruta transitada desde tiempo

inmemorial, estaba perfectamente adaptada a la circulación de personas y animales en todo su recorrido.

Ante esto podemos preguntarnos: ¿A qué se debe este rodeo absurdo que el juglar le hace dar al Cid por lo más encrespado de la sierra, en lugar de seguir por la vía mucho más cómoda que finalmente le encaminaría al mismo lugar? Y sin acercarse, dada la proximidad, al amparo de su amigo, el señor de Molina, el moro Abengalbón.



Solamente cabe una posibilidad lógica, y no es otra que el hecho de que la versión que hoy conocemos del Cantar del Cid fuese la que cantaba un juglar por las localidades de la actual sierra del Solorio.

Efectivamente, el juglar toma la precaución de no mencionar ningún pueblo por el que pasa el Cid. Únicamente menciona el principio y el fin la etapa, es decir Anguita y Ariza-Cetina. De este modo, al narrar la historia los lugareños podrían pensar que el héroe pasó por su pueblo entre hazaña y hazaña, lo que sin duda despertaría interés y la simpatía de los oyentes, con la consecuencia de mayores propinas, etc.

No olvidemos que el cantar se escribió aproximadamente 100 años después de los hechos que en él se narran, por lo que alguno de los que oían la historia podría pensar lleno de orgullo, que su tatarabuelo pudo haber visto en persona al mismísimo Rodrigo Díaz. Con un personaje mítico como él, sería algo memorable.

Resulta sumamente evocador por tanto el pensar, no tanto que el Cid cabalgara por Iruecha o sus cercanías, cosa harto improbable, sino el hecho mucho más posible de que la versión del cantar de gesta universalmente conocida como El Cantar de Mío Cid haya sido compuesta o modificada expresamente para los oídos de los humildes habitantes de la antigua Iruecha y de las aldeas de su entorno.

La pregunta que nos asalta es entonces la siguiente: ¿por qué un juglar tendría la necesidad de hacer pasar a un personaje tan famoso por una zona tan remota y agreste? ¿Qué festividad o festividades serían las que se celebrasen que mereciesen tanta atención?

La respuesta nos la puede dar la fiesta medieval que conocemos en la actualidad con el nombre de Soldadesca de Iruecha.